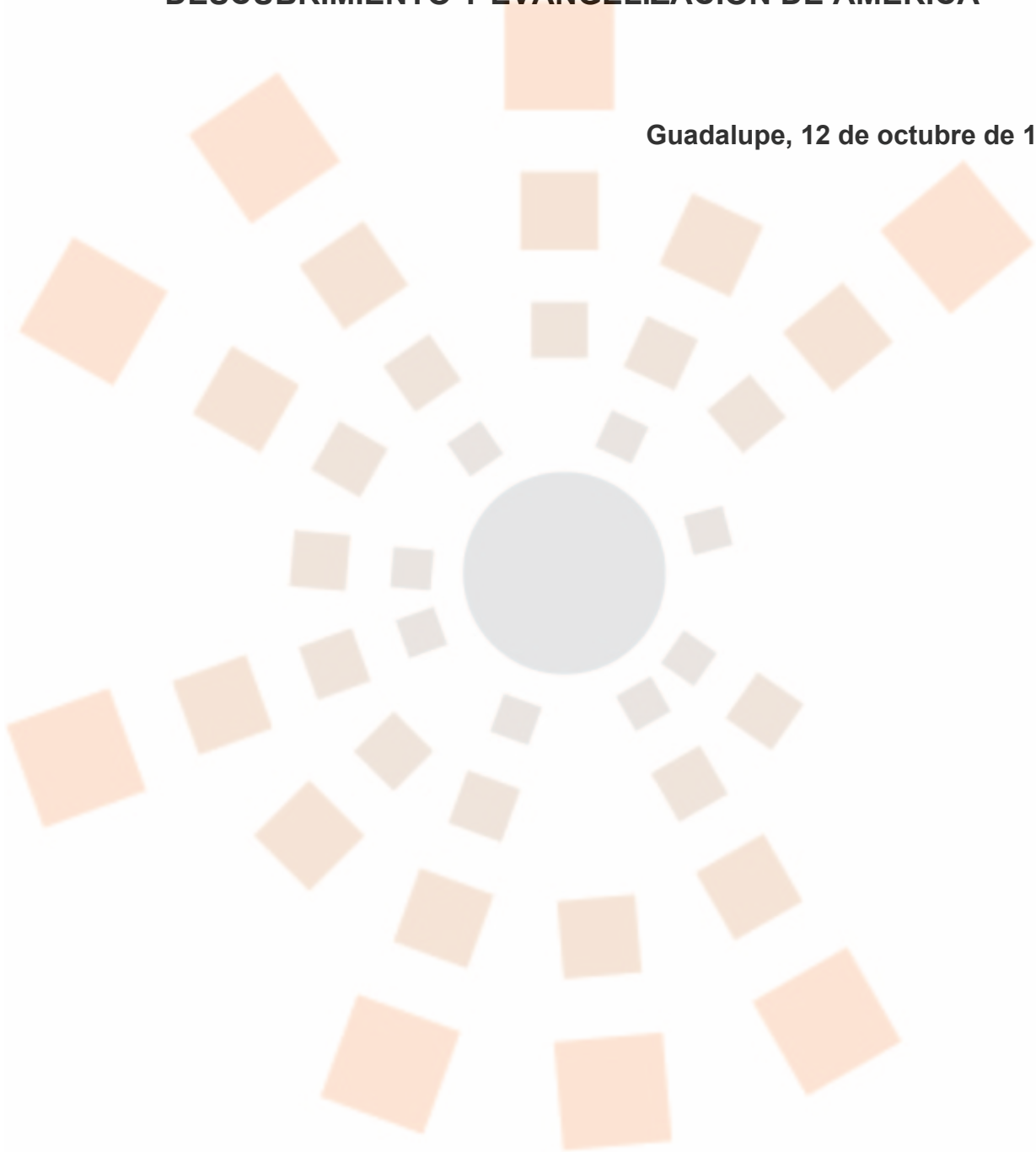


**INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO  
ACADÉMICO CONMEMORATIVO DEL V CENTENARIO DEL  
DESCUBRIMIENTO Y EVANGELIZACIÓN DE AMÉRICA**

Guadalupe, 12 de octubre de 1985



## **INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO ACADÉMICO CONMEMORATIVO DEL V CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO Y EVANGELIZACIÓN DE AMÉRICA**

**Guadalupe, 12 de octubre de 1985**

Excmos., Reverendísimos e Ilmos. Sres.

Deseo expresar antes que nada, el agradecimiento a la Junta Episcopal del V Centenario del descubrimiento y evangelización de América y a su Presidente Monseñor D. Carlos Amigo, Arzobispo de Sevilla, por la extraordinaria sensibilidad mostrada a la hora de escoger para lugar de celebración de este primer encuentro el marco excepcional que representa el Monasterio de Guadalupe, corazón de Extremadura y cuya historia, cuya geografía, y cuyo pueblo están indisolublemente unidos al de los pueblos hermanos de América.

La Junta de Extremadura reconoce en toda su extensión y en toda su intensidad el que, al calor de estas viejas piedras, tan vinculadas al 1942, se haya buscado suscitar debates y fórmulas que definan los objetivos metodológicos para poder acercarse en el siglo XX al hombre americano, pues, no en vano, en esta convocatoria que implica una invitación al diálogo, existe algo de provocación a la construcción del futuro de Iberoamérica y toda una afirmación positiva frente a todo negativismo determinista que explica actitudes irresponsables y de pura inercia con que, en demasiadas ocasiones, se analizan los problemas de Iberoamérica.

Extremadura, a través del Comité Regional para la celebración del V Centenario del descubrimiento de América, ha iniciado hace tiempo toda una serie de actividades encaminadas a propiciar un nuevo encuentro con América. Aquí, en Guadalupe se ha desarrollado los más importantes.

No podemos traicionarnos a nosotros mismos y sabemos de la tremenda responsabilidad histórica que nos compete en estos momentos a los que por voluntad popular dirigimos los destinos de esta Región y es por ello que Extremadura debe de ser escuchada, si bien advierte que no quiere pronunciar palabras de reivindicación, de elogio, ni de jactancia. Pero la actividad descubridora y colonizadora de nuestros antepasados en América justifica nuestros títulos para participar en esta celebración común. Para nosotros constituye un reto y una nueva actitud.

Hoy, aquí, en Guadalupe, éste encuentro de la Junta Episcopal a nivel nacional, se convierte en respuesta al protagonismo de Extremadura en una de las exclusiones más sacrificadas de la historia.

Un protagonismo que en nuestros días se transforma en compromiso con un nuevo Encuentro, generador del valor superior de la libertad, que tendrá que basarse como dijo el libertador en el ejercicio de la justicia.

Justicia para los pueblos iberoamericanos para salir de la ignorancia que es instrumento ciego de su propia destrucción; justicia para que el pueblo no sea esclavo de gobiernos que huellan y usurpan los derechos de los ciudadanos; justicia para que sean protagonistas de sus propios destinos y de sus propias historias particulares; historias sin perfiles cerrados; historias que se integren en una historia común, con España y con Extremadura, pues en común hemos tenido parte de nuestro pasado.

Porque, cuando Antonio de Nebrija ofreció su Gramática Castellana a la Reina Isabel nos unió definitivamente por la lengua y por el vínculo de la palabra y el “nosotros” castellano se hizo español y después iberoamericano.

Porque, cuando los misioneros españoles y de una forma muy especial la Orden Franciscana (en lo que a Extremadura se refiere), transmitieron nuestras creencias, quedamos arraizados por los valores que determinan y definen a toda una civilización a la vez que conforman una mentalidad colectiva.

Por respeto a todos ustedes y con el intento de no cansar su atención, asumo perfectamente que no es el momento, ni a mi me corresponde, para recorrer todos los lugares comunes que tienen Extremadura e Iberoamérica.

Sin embargo, si quiero transmitirles los sentimientos de solidaridad con el esfuerzo que han realizado estos días en Guadalupe, para sentar las bases y construir los cimientos de un futuro de Justicia, Libertad y de Cooperación solidaria y duradera con Iberoamérica.

Con una Iberoamérica concebida como Comunidad, que está conformada por pueblos que comparten historia, cultura, creencias y un enorme caudal de posibilidades y de creatividad y donde no se pueden separar esfuerzos a la hora de afrontar compromisos, pues se hace necesario un enfoque integral que tenga en cuenta toda la energía social y espiritual contenida en nuestros pueblos y su capacidad de actuar en la superación comunitaria de muchos de sus lastres y carencias.

Por encima de ciertas diferencias en tradiciones, costumbres y niveles de desarrollo histórico, material y cultural, el área iberoamericana tiene claras afinidades de idiosincrasia y contiene valores comunes, producto de los pueblos que la constituyen.

La dimensión espiritual entra de lleno en la reivindicación de esa identidad cultural que, en ningún caso, es vano y nostálgico apego a un pasado superado; tampoco es repliegue y aislamiento. Por el contrario, creo que es la voluntad de conectar con el palpito social y de constituir un proyecto de futuro común, procedente de actitudes que permitirán evolucionar armoniosamente hacia una amplia cooperación con Iberoamérica.

Es la voluntad concordante de que todo conflicto en el ámbito americano que entrañe graves amenazas, en la medida en que constituye el reflejo de tensiones y enfrentamiento en el plano mundial, se ha resuelto clamando por la paz.

Una paz que no es solamente la ausencia de guerras; no puede haber paz si los ciudadanos son privados de sus derechos y de sus libertades, si existen comunidades discriminadas por la miseria o que padecen los efectos de la malnutrición y la enfermedad. Tenemos delante un reto todos los que apostamos por la paz en Iberoamérica, pues esta no puede existir si falta la voluntad de construir un mundo sin hegemonías, donde predicar la paz supone necesariamente exigir un fuerte impulso al desarrollo económico y social de Iberoamérica.

En el sentido anteriormente expuesto, la Junta Episcopal de V Centenario del descubrimiento y evangelización de América, con este encuentro en Guadalupe ha supuesto, desde mi concepción, apostar por un desarrollo integral para Iberoamérica que se propone como meta última el devolver al hombre iberoamericano a si mismo, en armonía con un espacio que promueva su existencia en vez de restringirla, con un tiempo acorde con sus necesidades y deseos, con un país que le integre en vez de rechazarle, con una comunidad solidaria que contribuya a la plena realización de las personas y con la consecución de un trabajo que promueva la capacidad creadora de los ciudadanos y les confiera dignidad y libertad,

Con los mejores deseos de que su estancia entre nosotros sea lo más fructífera y gratificante posible, les agradezco su amable atención.

Muchas Gracias.